



Mercado de Ciudadela. (Menorca).

# EL TESORO DE LA ISLA

■ AMELIA DIE

Espació el hielo sobre las gambas y sonrió al ver a su compañera de puesto sudorosa, tratando inútilmente de hacer filetes de un enorme gallo. Una señora le hablaba sin parar de lo exquisita que le salía a ella la caldereta, que no tiene nada, pero nada que ver con las que sirven en los restaurantes de Fornells, por un precio que Ivaya precio! ¡ni que fuéramos alemanes!

—No te precipes, ya lo hago yo— dijo Roser a su joven compañera, y ella lanzó un suspiro de ali-

vio. Recordó su primer gallo en filetes. La señora que lo compró no se dió cuenta de que aquello iba hecho cachitos y la mitad se había quedado pegado a la espina, pero su madre, completamente roja de vergüenza, se había jurado a sí misma que, de hoy no pasa, la niña va a practicar por las tardes. ¡Pero si por las tardes tiene los estudios! discutía su padre. Y, ¿para qué quiere los estudios, me quieres decir? Si va a pasar el resto de su vida despachando en el puesto, con el bachillerato elemental va lista.

Mi madre, pensó Roser. Hacía sólo un mes que no la tenía a su lado, discutiendo con las compañe-

ras de mercado, voceando el pescado fresco. Todo era distinto desde que ella murió, ya tienes edad de buscarte la vida, le decían las vecinas, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Ninguna la habéis querido, pensó. Ya sé que se daba ínfulas de esto y lo otro, que si su familia era muy antigua, que si venía de quién sabe qué héroes de no sé qué siglo, de esos que mataron en la plaza del Borne, pero ella era así, el corazón se le salía por las mejillas sonrosadas. ¡Cuánto echaba de menos su voz aguda y sus manos heladas y húmedas! Todo era distinto, hasta su casa iba a serlo, bueno, en lo de la casa mi madre no tenía razón, se decía Roser, no podía quedarse así, con esas paredes oscuras y esa entrada tenebrosa y lo peor eran las conducciones de agua: cualquier día se me hunde el techo de las humedades.

Encargó una reforma completa. Con el dinero que le dejó su madre pretendía dejar la casa como nueva, tal vez, si quedaba bien, la podría vender, comprarse un apartamento y hacer un viaje de esos que anuncian.

—Vamos a respetar la estructura, que es la de la arquitectura tradicional menorquina— le dijo el arquitecto.

—Yo no entiendo nada, usted sabrá.

Mientras tanto, Roser vivía en casa de su tía, la única familia que le quedaba.

La compañera novata le dio las gracias y le advirtió de la presencia de "ese" chico que siempre te busca.

—Pero, ¿qué quieras? estoy trabajando.

—Tienes que venir ahora mismo.

—Estás loco, ¿cómo voy a dejar el puesto?

—El maestro me ha dicho que vengas enseñada.

—¿Qué pasa, joven?— dijo la compañera del puesto de enfrente— ¿es que se os cae la casa de la chica?

Todas rieron de la ocurrencia. Las vecinas del mercado habían criticado mucho a Roser cuando decidió meterse en obras. Aquel muchacho alterado era uno de los albañiles y su cara de susto confirmaba que empezaban los problemas.

—No, si ya lo decía yo— apuntó triunfante la pescadera de la esquina.

—Vete si quieras; yo te cojo el puesto. Y no les hagas caso— dijo Mercè, su amiga novata.

Roser se quitó el delantal con un gesto de rabia y



salió disparada detrás de su acalorado pretendiente.

La casa estaba cerca. Nada podía haber lejos en aquel entramado de callejas de Ciutadella.

—¿Qué pasa, Pere?

—Ya verás, ya verás.

El maestro de obras salió entre la bruma del polvo de cal. Caminaba despacio y hablaba tranquilo. Pere daba vueltas a su alrededor como una mariposa; no podía resistir la exasperante lentitud de su jefe.

—Aqui, señorita, somos todos muy honrados.

—Dígame, ¿qué ha ocurrido?

—Se ha caido un trozo de techo— dijo Pere sin poderse reprimir.

—¿Hay alguien herido?

—No señorita, somos todos profesionales, cumplimos con el trabajo y...

—Debajo del tejado había una cosa— interrumpió Pere.

—¿Qué cosa?, ¿de qué me hablas?

—Un cofre, un cofre cerrado, muy antiguo.

—Calla, chico, que yo se lo explico a la señorita.

—¿Cerrado?

—Sí, cerrado con llave.

Sin saber muy bien por qué, Roser se llevó la mano a la garganta. De la cadena que siempre había llevado su madre pendía una medalla de Sant Joan y una llave dorada. Tocó la llave distraída.

—¡La llave! ¡tú tienes la llave!— gritó Pere.

Roser miró su mano. ¿Será posible que esta tontería de la que tanto nos hemos reido en la familia sea verdad?, pensó Roser. Mi padre siempre estaba tomándome el pelo a mi madre porque conservaba esa llave como oro en paño. Decía que llevaban muchos siglos entregándose aquella llave de madres a hijas. Siempre con esas historias de tu familia, decía el padre, y los hombres, ¿es que no pintamos nada? ¿es que todas las mujeres de tu familia han tenido hijas? Yo lo único que sé, contestaba siempre ella, es que esta llave abre un tesoro que algún día encontraremos, ya me lo decía mi madre. Si, si, tesoro, vete al puesto y verás qué tesoro de pescado te espera, contestaba su madre entre sonoras carcajadas.

Roser se sentó en unos ladrillos calados.

—Prueba a ver si lo abres— dijo Pere impaciente.

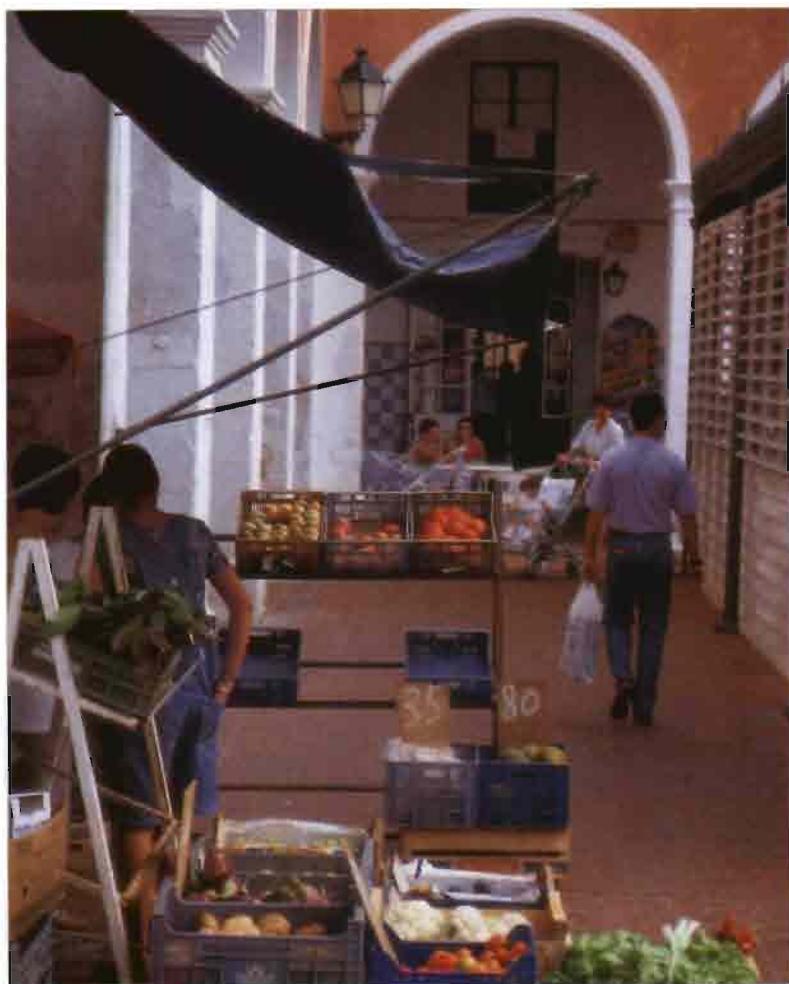
—Déjame Pere, quiero estar sola. Deme esa caja y me gustaría que, por hoy, dejaran de trabajar.

La tía de Roser era hermana de su padre. Callada y reservada, jamás dejaba traslucir lo que llevaba dentro, sin embargo, aquella noche, en el oscuro cuarto de estar abría desmesuradamente los ojos mirando el cofre y a su sobrina.

—No vaya usted a decir nada, bastante tenemos con lo que ya comentan por ahí. Por lo menos, que nadie sepa lo que hay dentro. La mujer asentía con la cabeza sin apartar los ojos de la cadena de la que colgaba la llave. Roser la metió dentro de la cerradura de aquel cofre de latón labrado.

Llamaron a la puerta y Roser, sobresaltada, escondió el cofre bajo su falda.

—¿Puedo entrar?— dijo una voz



desde la puerta.

—Entre, señor Caro— contestó Roser, haciendo ademán de levantarse, mientras sujetaba el cofre.

—Por el maestro de obras sé lo que ha pasado hoy en su casa.

—Es natural que se lo diga a usted, que es el arquitecto.

—Aparte de eso, es el comentario general en todo el pueblo.

—Sí, eso también lo supongo.

—Yo sólo quiero darle a usted un consejo, si me lo permite.

—Desde luego.

—No sé lo que han encontrado en la obra, pero yo en su lugar se lo enseñaría al señor Saura.

—¿A quién?

—Al señor Saura, el de la tienda de antigüedades, es amigo mío y yo le garantizo su honradez y discreción. Además, creo que él sabrá decirle qué valor tiene su... digamos, tesoro.

Al día siguiente, cuando llegó a la Plaza de la Libertad y entró en el mercado con su mercancía fresca, todos los compañeros se le acercaron. Hasta el viejo que atendía el bar y la seria señora que vendía el pan y las ensaimadas. ¡Cómo no! el odioso señor Cambra, el de la carnicería, estaba en primera fila queriendo empaparse de todo, y hablándole al oído al del puesto de verduras.

—No tengo nada que decir— soltó Roser rabiosa— ¿Por qué no me dejan ustedes en paz?

—Pero, nena...

—Ni nena ni nada, más les valía ponerse a trabajar. Están a punto de llegar los clientes.

—Es igual que su madre— escuchó Roser.

Mientras todos se apartaban, Cambra, impertérrito, quedó delante de ella, con descaro.

—Te lo compro.

Roser se volvió indignada. Tenía la impresión de que Cambra estaba poniéndole precio a ella misma.

—No estoy en venta.

Se sintió mejor enseguida, lo mismo que aquella vez que le acertó con una avellana en pleno cogote, en la fiesta de Sant Joan. Pero esta era la primera vez en su vida que se enfrentaba directamente a aquel mal sueño de señor Cambra. A su madre le intentó comprar el puesto; a su padre, la furgoneta de



reparto. Consiguió comprar la carnicería de al lado y puso al frente a un niñato estúpido. Compró parte de un negocio de mercería próximo y el puesto de verdura no lo compró, pero tampoco hacía falta, porque su dueño era como su sombra.

Cambra no dijo nada, se quedó quieto unos segundos mirándola con desprecio. Ella se dio la vuelta y comenzó sus quehaceres.

A media mañana se acabó la venta del pescado y Roser, sin mirar a nadie, callejó hasta plantarse ante la tienda de uno de los más afamados anticuarios de la ciudad. Nunca había sentido el menor interés por entrar allí; le gustaban las preciosas tiendas de ropa de los alrededores, pero los objetos le daban lo mismo. Miró a derecha e izquierda antes de entrar, sintiéndose culpable por entrar en un sitio así y pensando que quizás el señor anticuario notaría su eterno olor a pescado.

—¿El señor Saura?

—¿Eres Roser, verdad? Sígueme.

La trastienda era un museo polvoriento de objetos. Yo los tiraría todos, pensó Roser.

—Caro me ha hablado de ti. Tu tía ha venido esta mañana con el paquete.

Roser le miró desconfiada sin atreverse a decir nada.

—Lo primero que quiero decirte es que debes estar tranquila, porque nadie te va a quitar lo que es tuyo. Confía en mí.

Roser no respondió.

—He mirado con atención tu tesoro, como lo llama Caro. Desde luego, la llave corresponde al cofre, pero he de decirte que son, la llave y el cofre, del siglo pasado, aproximadamente. Como antigüedad no valen gran cosa, porque su estado de conservación es lamentable y tampoco la madera es demasiado noble. En fin, que un anticuario te lo aceptaría sin demasiada emoción. Sin embargo, lo que hay dentro...

Roser se irguió y subió las cejas.

—¿Qué es lo que hay dentro? — preguntó nerviosa.

—Pero, ¿no lo has abierto?

—No me atrevo, por si...

—Lo que hay dentro, Roser es muy, pero muy antiguo.

—¿Monedas? ¿oro?

—No Roser, es una joya, una sortija con lo que

yo creo que es un enorme rubí.

Roser se quedó mirandole con una cierta desilusión.

—Una sortija. Pero, ¿vale mucho?

—No lo sé, Roser, no me atrevo a decirlo. Desde luego es muy antigua, pero me siento incapaz de valorarla. Se trata de un objeto que muy bien podría estar en un museo. Es absolutamente necesario que lo vea un experto.

—Pero, usted lo es.

—No, Roser, una cosa es entender de muebles o de lámparas, incluso de cuadros más o menos antiguos y otra, distinguir la pureza de una piedra preciosa y valorar una joya que, seguro, seguro, es anterior al siglo XVIII.

—Y, ¿qué puedo hacer?

—De momento, la guardaré yo. La semana que viene tengo que ir a Palma de Mallorca, allí conozco a un historiador de la Universidad, y también a un conservador del museo. Si tu me lo permites, quiero que ellos la vean.

El puerto estaba casi desierto aquella mañana





templada. Empezaba a oler a verano en toda la isla, pero no terminaba de estallar, pues este año, como casi siempre, venía tarde. Ya había veraneantes, aunque a las 9 de la mañana muchos bares estaban aún cerrados. Saura manipulaba cuerdas en su pequeño llaut, esa embarcación tan característica de la isla. Levantó distraído la vista al notar que alguien subía a cubierta.

—¿Se puede?

—Pase señor... Perdone, no recuerdo su apellido.

—Cambra.

—Dígame, señor Cambra, ¿qué le trae por aquí?

—Usted ya lo sabe, no disimule.

—¿De qué me habla?

—Vengo a por el tesoro.

—¿Qué tesoro?

—El de la niña. Me pertenece, pues sabrá usted que su padre me debía dinero.

—Supongo que me está hablando de Roser, pero, como comprenderá, no soy quién para darle a usted nada. Si le debe dinero, pídaselo a ella.

—Su padre murió sin devolvérmelo. Si no me da

el tesoro voy a ir a la policía, o algo peor.

—No me amenace.

—Diré a todo el mundo lo que me debía y por qué.

—Haga usted lo que le parezca.

—Apostaba, ¿sabe usted? En el hipódromo, a los caballos trotones y me debía mucho dinero, así que ese tesoro es mío.

—No hay tal tesoro y además yo no lo tengo y, por favor, salga de mi barco.

Saura quedó pensativo después de aquella visita, no le diré nada a la chica, pensó, hay que sacar de aquí la joya lo antes posible. Al día siguiente, fue a la tienda más pronto que de costumbre y al agacharse para quitar el candado del cierre se dió cuenta de que lo habían forzado y entró con el corazón saliéndose del pecho tratando de recordar a cuánto ascendía su póliza de seguros. Lo de dentro era una maraña de muebles tirados por el suelo, de cajones vacíos, de papeles. Corrió con desenfreno hacia la caja fuerte, oculta en el suelo, bajo una alfombra, pero, afortunadamente, al ladrón no se le ocurrió

mirar donde pisaba. Cogió el teléfono y llamó a la policía.

Aquel día, en el mercado, Roser no dijo ni una sola palabra en toda la mañana, sólo le dirigió un par de miradas asesinas al señor Cambra y a su sombra, el verdulero. Hasta la noche no fue capaz de articular palabra. En casa de María, su mejor amiga, que era empleada de la mercería, la tensión de nervios acumulada se le desbordó por los ojos. No podía contener las lágrimas ni los hipos y Pere, que también estaba con ellas, aprovechaba la ocasión del consuelo para abrazarla y besarla.

—Vamos, vamos, Roser, no es para ponerse así—dijo María—. Deberías estar contenta, eres la propietaria de un verdadero tesoro.

—No me dás más que problemas. Yo no entiendo de joyas. Ni siquiera puedo venderla. Me ha dicho el anticuario que es una obra de arte, tal vez tenga que darla al museo. Y ese Cambra... No me deja en paz y estoy segura de que él es el culpable de lo de la tienda de Saura.

—Pero mujer, es una joya, ha aparecido en tu



casa, y esa historia tan bonita que te han contado...

—Esa historia es mentira.

—¿Por qué dices eso?

—No puedo creer que la sortija que he encontrado en mi casa tenga cuatrocientos años. Siempre nos relámos de mi madre cuando contaba aquéllas historias.

—Sin embargo, los historiadores de Palma de Mallorca insisten en que la sortija es de esa época y por la forma de la joya pudo pertenecer a...

En ese momento llamaron a la puerta. El arquitecto y el anticuario pidieron permiso para entrar.

—Venimos a hablar contigo, Roser. Quiero que entre todos reconstruyamos la historia.

“Día 1 de septiembre de 1535, en la bocana del puerto de Mahón, capital de Menorca, aparece una flota de veintidós galeras y nueve fustas. Los mahoneses conocen las victorias recientes del emperador Carlos V contra los árabes, así que creen que los barcos pertenecen a la escuadra imperial. Dos franciscanos acuden con una barca a darles la bienvenida y, a medida que se van acercando, se dan cuenta de la procedencia de las naves: las galeras no son otra cosa que la escuadra del argelino Kheireddin o, lo

que es lo mismo, del famoso pirata Barbarroja. Los frailes advierten a la población y todo Mahón se dispone a resistir al invasor. Piden ayuda a las poblaciones cercanas. Acuden refuerzos de Alayor, de Mercadal, de Ciutadella, pero los cañonazos de las naves pirata hacen añicos las murallas de la ciudad.

Tres días de asedio bastan a Barbarroja para que los voluntariosos, pero mal armados, campesinos menorquines envíen emisarios a negociar. La primera propuesta del pirata es, por lo menos, noble. Ofrece el perdón de los mahoneses a cambio de que le dejen saquear la ciudad. La autoridad que queda viva, el baile Scala, se niega en redondo, pero luego reúne el consejo y la negativa ya no es tan unánime. Deciden acceder a las exigencias del pirata que, envalentonado, contesta con desprecio que quiere además la entrega de cien muchachos y otras tantas doncellas mayores de siete años.”

—¿Ella era una? —dijo Roser.

—Sí, no sabemos su nombre ni su edad, sólo que debía ser antepasada tuya —respondió Saura.

—También sabemos otra cosa —interrumpió Pere—. Estoy seguro de que era bellísima.

“Pero Barbarroja no es hombre de palabra y

según le llegan los jóvenes exige la entrega de la ciudad con todos sus habitantes. Sin más negociaciones, entra en la villa con mil de sus hombres, la saquea, viola a las mujeres e incendia las iglesias."

—Aquella noche— dijo Caro— es la más triste de toda la historia de Menorca.

—También para una niña menorquina, con los ojos profundos, como los tuyos —dijo Pere dirigiéndose a Roser—. Barbarroja se queda en el barco aquella noche con ella y la retiene con el resto de los prisioneros.

Veintitres años más tarde, el asedio se reproduce ante las costas de Ciutadella. Esta vez son naves otomanas bajo el mando de Mustafá Pialí. Por toda defensa, la ciudad tienen una guarnición de cien soldados castellanos al mando del capitán Negrete. Arguibau, entonces regente de la gobernación, recuerda a todo el pueblo lo que ocurrió hace años en Mahón. Es mejor resistir que tratar de negociar con los piratas. Así lo hacen los heroicos ciudadanos durante nueve días, hasta las mujeres rellenan con tierra las brechas de las murallas que hacen los cañones turcos, pero nada sirve de nada, en la plaza del Borne libran la última batalla y los piratas entran en la ciudad."

—Con ellos vino una mujer —dijo María—, una bellísima mujer que se quedó entre las ruinas de una Ciudadela destruida ayudando en lo que pudo a superar lo que desde entonces se llamó "s'any de sa desgracia".

—¿Cómo llegó la sortija hasta mi casa? Usted, señor Saura, dice que el cofre es del siglo XVIII— preguntó María.

—Eso es lo menos interesante de la historia. Alguien la metió en el cofre, alguien la escondió en tu casa, alguien le contó a su hija que debía conservar aquella llave y dársela a su hija antes de morir. Si no fuera porque muchas mujeres de tu familia creyeron en los tesoros ocultos, nunca lo habríamos encontrado— dijo Saura.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer con la joya?— preguntó Roser.

—Debemos seguir el consejo que han dado en Palma de Mallorca y mandarla a Madrid, para que un joyero la tase. En

realidad, todavía no sabemos su valor real— afirmó Caro.

Al día siguiente, María se metió en la trastienda de la mercería para recoger su bolso y dar por terminada su jornada de trabajo. De pronto, escuchó la voz ronca del señor Cambra. Hablaba airado con la dueña de la mercería, la amenazaba con retirarle el dinero que puso para el negocio. La mujer le suplicaba que no lo hiciera; eso sería su ruina. Le pidió más tiempo, al menos un mes, para poder afrontar la quiebra. María, indignada, salió dispuesta a defender a su patrona.

—A tí te quería yo ver— dijo Cambra cuando apareció María por la puerta—. Está en tu mano que yo no retire el dinero y te quedes sin trabajo.

—¿De qué me está hablando?— contestó María.

—Lo sabes muy bien, hablo de tu amiguita, la que también me debe dinero y ahora lo tiene. No trates de disimular, sé perfectamente que ha encontrado una joya valiosa en su casa. Si no la convences para que me la entregue, se acabó tu mercería.





María se quedó estupefacta. No fue capaz de cerrar la boca, mientras su patrona lloraba de rodillas a sus pies.

—Por favor, jayúdame! jayúdame! ¡dale lo que te pides!

Roser llegó muy pronto al mercado aquella mañana. Llevaba varios días siguiéndola un hombre. Su tía estaba tan aterrorizada que no salía de casa, le decía continuamente a su sobrina que había que mandarla a Madrid lo antes posible. Pero Roser no se fiaba ya de nadie ni de nada e intentaba imaginar una manera segura de trasladar la sortija al aeropuerto y dársela a alguien de su confianza para que la llevara a Madrid.

Cambra y el verdulero no la quitaban ojo y aquel extraño tipo que la miraba desde una esquina del mercado no la dejaba ni a sol ni a sombra. Puso en orden la mercancía y al poco rato vino una turista despistada.

—¿Cómo se llama este pescado?

—Es un caproig, señora.

—¿Un qué?

—Cabeza roja, señora, y le recomiendo que se lo lleve porque es realmente exquisito. Lo puede hacer al horno, con un poco de cebollita. Le voy a dar el hígado para que lo fría y se lo añada a la salsa, ya verá usted qué maravilla.

—Me lo llevo.

Roser envolvió el pescado cuidadosamente. Cambra no perdía ripio y, cuando la mujer dobló la esquina de la calle Castell Rupit, hizo una seña al verdulero para que la siguiera. A la media hora, apareció Saura por el puesto.

—Sólo venía a decirte, Roser, que ya está en camino.

—Muchas gracias, señor Saura. Voy con usted. Mercé, por favor, hazte cargo del puesto.

Cambra sonrió. El poco disimulado espía salió detrás de ellos. Pero Cambra le hizo una seña para que viniera a su lado.

—Deja el trabajo. Ya lo tenemos.

—¿Cómo? Yo no la he quitado ojo.

—Son muy inocentes y creen que no me he dado cuenta de que iba dentro del pescado. Mi amigo el verdulero ha seguido a la mujer hasta Mahón y están a punto de embarcar camino de Barcelona.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha llamado desde el puerto. En la travesía se verán las caras.

—Pero, ¿y si...?

—He visto a la chica meterlo en el pescado. No te preocupes, ya es nuestro.

Al día siguiente, Saura se reunió con Roser, Pere y María. En sus manos, un sobre con membrete.

—Me lo ha traído Caro en persona— dijo el anticuario—. Acaba de llegar de Madrid.

—¡Qué rapidez!— apuntó María—. Pero ¿cómo habéis podido zafaros de ese sinvergüenza?

—Lo del pescado fue sólo una trampa. En realidad la joya la tenía el arquitecto desde el día anterior.

—¿Y cómo la consiguió?

—Nada más fácil— dijo Pere—. Me la dio su tía y yo la puse donde siempre estuvo, entre las ruinas de la casa de Roser. El arquitecto, simplemente, se pasó por ahí a ver cómo iba su obra.

—Pero abra el sobre, por favor, ya no puedo aguantar más— dijo Roser, impaciente.

—“Muy señora mía, dos puntos, examinado el objeto que nos proporciona de su parte el señor Caro, un grupo de expertos en joyas antiguas, al cual me honro en pertenecer, hemos decidido solicitarle que la deje en nuestro poder una semana más, para proceder a una tasación rigurosa”.

—¡Qué horror!, una semana con esta intriga— dijo María fastidiada.

—“Debo adelantarle que, de entrada, dudamos de la datación realizada por el equipo mallorquín que la examinó en primer lugar. Es decir, en nuestra opinión, esta joya es más reciente, pero esto aún no podemos confirmárselo. Por la forma como está labrada y construida, es muy posible que provenga del mundo árabe. Sin embargo, y esto se lo decimos

para que comprenda la tasación que daremos en su día, debo advertirle que es... falsa!”

—¿Cómo?— Todos dieron un salto y Saura continuó.

—“Se trata de un material dorado, cuya composición le especificaremos posteriormente, y de un simple trozo de cristal. Eso sí, la persona que la labró probablemente se basó en otra más antigua, tal vez, famosa en su época o que portaba algún personaje noble o poderoso, pues tanto la forma como la talla del cristal están hechas con auténtico mimo”.



No leyó más. Roser y María estallaron en una sonora carcajada. Pero el romántico empedernido que era Pere dijo muy convencido:

—Al fin y al cabo, Barbarroja no era más que un pirata.

AMELIA DIE. Periodista.

Fotos: ANGEL ROCA.

\* Los datos históricos que se incluyen en el relato están tomados del libro: “Historia de Menorca”, de Guillermo Pons, Editorial Menorca, Mahón, 1983.